

Para el lector.

Estimado lector, muchas gracias por su interés en la novela, y por leer el primer capítulo de la misma, espero lo disfrute.

Un saludo cordial

Esther Vázquez

Visita mi canal de youtube y disfruta con los booktrailers {y deliciosas recetas ^^}:

<https://www.youtube.com/estervazquezauthor>

Web:

- <http://www.amazon.com/-/e/B00BV4UVOY>
- <https://estervazquez.wordpress.com/>

Otros:

- Google+:
<https://plus.google.com/+EstherVázquez>
- Goodreads:
https://www.goodreads.com/Esther_Vazquez
- BiblioEteca:
<http://www.biblioeteca.com/biblioeteca.web/escritor/esther-vazquez>
- Escritores:
<http://www.escritores.org/libros/index.php/item/esther-vazquez>

*En las entrañas de la
muerte*

Esther Vázquez

Copyright © 2016 Esther Vázquez

All rights reserved.

ISBN:

ISBN-13:

<http://www.youtube.com/user/estervazquezaauthor>
<http://estervazquez.wordpress.com/>

*A mi abuela Emilia: por fin puedes leer la
segunda parte, espero que te guste tanto como la
primera. Te quiere, tu nieta:*

Esther Vázquez

ÍNDICE

Prólogo	09
Capítulo 1. La sombra de lo que era	11
Capítulo 2. La oscuridad del mes de julio	20
Capítulo 3. Comienza la investigación	30
Capítulo 4. Gente nueva, sospechas nuevas	41
Capítulo 5. Un paseo por Milano	61
Capítulo 6. La maleta turquesa	77
Capítulo 7. El agente de viajes	85
Capítulo 8. La isla desierta	94
Capítulo 9. Las entrañas de la muerte	103
Capítulo 10. El asesino	116
Epílogo	146

PRÓLOGO

Hacía ya un año desde que mi hermana y Matthew se habían ido a Madrid. Al principio mi cuñado no se acababa de acostumbrar, “mucho de todo”, decía, y tenía razón: mucha gente, muchas tiendas, muchos coches... Madrid era diferente, de eso no cabía duda.

Sin embargo, en pocas semanas se hizo a la ciudad. Ya no sabía vivir sin esa gente que siempre le rodeaba y ayudaba cuando estaba perdido, sin el ruido, la alegría, la despreocupación por el qué dirán...

Desde que llegó allí, una de las cosas que más le gustó, fue poder poner a prueba de primera mano, esos tópicos que toda ciudad tiene.

“¿Chulería? ¡Qué va...! {Nótese el sarcasmo}. ¡Sí qué sois chulos los madrileños!”, me confesó en una de las video-llamadas que tenía con mi hermana cada semana. Y no lo vamos a negar, esa chulería es algo que casi todos los madrileños tenemos, nos viene de serie.

Mientras ellos disfrutaban de su nueva vida juntos, yo seguía viviendo en *Venezia*, aquella ciudad perdida en el tiempo que me había conquistado con mi primera visita en aquellas ya tan lejanas vacaciones.

Sin embargo, las cosas no eran como siempre.

CAPÍTULO 1. LA SOMBRA DE LO QUE ERA.

La decadencia de la laguna era cada vez mayor.

Esa característica tranquilidad que emanaba de sus silenciosas calles cuando la noche llegaba, se había transformado en una extraña inquietud en sus caminantes, temerosos a cada esquina; acongojados, sus habitantes dejaban la ciudad sin apenas un atisbo de duda, para nunca regresar; curiosos e incrédulos se acercaban a contemplar con sus propios ojos que todos aquellos rumores eran ciertos: en la niebla acechaba aquella sombra que hacía entrar en pánico a quién era tan desdichado de observarla, el turquesa de sus canales se había manchado con la sangre de las víctimas.

Venezia había dejado de ser una hermosa y romántica ciudad sobre las aguas, para convertirse en una tétrica hondonada de sangre, terror y asesinatos, cubierta por una espesa neblina y sumida en una más que larga oscuridad que parecía no tener fin.

Entretanto, mi vida allí era casi como siempre, salvo por el pequeño hecho de que Mario, mi amigo y compañero de trabajo, estaba totalmente convencido de que aquella sombra era algo sobrenatural que

acabaría con mi vida tarde o temprano.

- Ya te he dicho que esa sombra no es real, no puede ser real – dije cansada ya de tanta invención.
- Elena, es real, lo sé – Mario hablaba convencido de sus palabras –. Esa sombra es real, muchos la han visto y muchos han muerto por ella.
- Han podido verla y si, han muerto...pero estoy convencida de que no es un fantasma, ni una sombra sobrenatural ni nada por el estilo. ¡Ten un poquito de lógica!
- Bueno, tú sigue pensando que no existe, pásate por *Venezia* como si nada pudiera pasarte, quédate sentada en la *punta della Dogana* esperando que esa sombra te atrape...
- Mario, por favor.
- ...pero cuando lo haga, y Dios sabe que lo hará si sigues así, no esperes que te ayude.
- Mario, deja ya de dramatizar.
- Vale, vale, todos sabemos que te ayudaré - dijo nuevamente quitando un poco de tensión al asunto -. Pero en serio, tienes que tener cuidado, creas lo que creas y crea lo que crea yo, hay algo allí fuera. Y sabiendo

la suerte que tienes y lo torpe que eres...

- Si si, lo que tu digas – dije con una sonrisa y una falsa indignación ante aquellas últimas palabras -. Tranquilo Mario, tendré cuidado.

Estaba realmente preocupado, y era cierto que alguien estaba matando a quien quería sin miramientos...pero también era cierto que fuese lo que fuese, no iba a impedirme hacer mi vida normal, y mucho menos, a meterme en el cuerpo ese miedo absurdo e infundado que parecía invadir a toda la ciudad.

Salimos al *pranzo* a eso de las doce y media del mediodía, ya estaba acostumbrada a comer mucho más pronto de lo que lo hacía en Madrid antes de mudarme. Caminamos hasta *campo Santa Margherita* en busca de un pequeñísimo restaurante que se había convertido en habitual entre semana: todos los miércoles nos esperaban con su deliciosa carta. De camino nos encontramos a unos conocidos, clientes habituales del padre de Mario.

Comimos con mucha, mucha tranquilidad {un rasgo habitual en nosotros}, y nos despedimos.

- No estés pintando hasta el anochecer, por favor.
- Mario, primero, ya sabes que pierdo la noción del tiempo cuando voy allí. Segundo,

¿cómo voy a pintar hasta el anochecer si no hay un ápice de luz?

- ...
- Tranquilo Mario, te haré caso. – Por una vez iba a ceder, se le veía demasiado preocupado - . Me volveré a casa antes de que se vaya el sol, te lo prometo.
- Más te vale – dijo en un falso tono amenazante.

Caminé con calma hasta mi casa para coger las cosas necesarias para terminar aquel cuadro que estaba pintando desde hacía un mes, más o menos. Por el camino, me pasé por *Tonolo* a comprar una bandejita de pasteles, pensaba invitar a cenar a Mario, para que se tranquilizara un poco. Aproveché también para comprar algunas cosas para la cena en el *conad* y me fui a casa.

Lo dejé todo en la cocina bien ordenado, guardando en el frigorífico la comida fresca y los pasteles. Cogí mi caballete plegable, mi maletín de pinturas y pinceles, y mi lienzo, y salí como cada miércoles hacia la *punta della Dogana* a continuar aquel cuadro.

Respirar aire fresco bajo el sol de la tarde, con ese

característico olor a mar y el pequeño oleaje formado por los barcos que cruzan hacia *Giudecca*, caminar con calma al borde del canal, esquivando algún turista que otro {más acostumbrados a ir por el otro lado que da vistas al Gran Canal} y observar nuevamente aquel precioso paisaje que cada día me gustaba más, era lo mejor del día. Aunque, cierto era que aquellos “monstruos marinos” comúnmente conocidos como cruceros, estropeaban aquel maravilloso paisaje que enamoraba a miles de personas cada minuto.

Coloqué mis cosas: preparé le caballete y el lienzo de frente, las pinturas a la izquierda y la paleta en mi mano izquierda, puse los colores en ella y continué con pinceladas suaves aquel cuadro que terminaría en el salón de mi casa sin duda alguna.

Algunos curiosos se paraban a mirar, muchos se sorprendían cuando usaba los dedos en vez del pincel para crear texturas en el cuadro, otros hacían fotos...era normal en pleno mes de julio que más de un turista se paseara por allí, se parara a fotografiar cada detalle e incluso se sentaran en el suelo a comer algo mirando hacia la laguna. Ciertamente en verano *Venezia* se llenaba de turistas, turistas alterados con prisas por ver todo, con cansancio ocupando puentes para sentarse, con ensimismamiento al ver cada minúscula calle que ocupaban cortando a veces el paso. ¡Qué tranquilidad cuando era de noche y las calles estaban casi vacías! El buen tiempo, además, afluía la afluencia de gente, por suerte, aquel mes de verano era inusual, no hacía el excesivo calor ni

la humedad que de costumbre y podía, al fin, terminar mi cuadro sin morir cocinada en mi propio jugo, pero, eso sí, acribillada por los mosquitos.

Comenzó a anochecer, ya me era difícil ver con claridad los detalles del cuadro, por suerte, estaba terminado a falta de unos pequeños detalles que podría acabar en casa.

Por una vez iba a hacer caso a Mario, regresaría antes de que anocheciera a casa, prepararía la cena y cuando tuviera un poco de tiempo esa semana, terminaría el cuadro y lo colgaría en el salón. Recogí las cosas, con cuidado de no perder el lienzo en el fondo de la laguna y, antes de irme, escribí a Mario para invitarle a cenar. Supuse que estaría terminando de restaurar aquella escultura del museo que le habían llevado el lunes pasado con la intención de tenerlo listo en menos de dos semanas. Parecía que el mensaje no le llegaba, y no tenía cobertura para llamar, así que habría que esperar a que viera el mensaje a tiempo antes de que cenara, aunque, conociéndole, le daría igual cenar dos veces.

Una vez tuve todo listo y el lienzo bien cogido de manera que lo que acababa de pintar no se fuera al garete, me encaminé hacia la parada del *vaporetto* a esperar su llegada. Me era mucho más fácil a esa hora ir en barco que andando ahora que el óleo estaba fresco, de lo contrario, cualquier roce con cualquier persona lo echaría a perder. Definitivamente tenía que comprar algo para llevarlo en estas ocasiones, así podría ir

tranquilamente por la calle, pero siempre acababa olvidándolo. Iría esta misma semana a *Mestre* a buscarlo, a aquella tiendecita que parecía tener todo lo que podía interesarme en cuanto a pintura respecta, y luego a esa riquísima heladería a tomarme un *gelato* de *huevo kinder*, o quizá de *krispis* o de *nocciola*...la indecisión era enorme con tantos sabores deliciosos. Y aunque lo pensara, seguramente tendrían un nuevo sabor del mes que me haría cambiar todas las ideas, así que casi era mejor ni pensarlo.

Por fin en casa cuando ya anocheía, dejé los bartulos en la habitación y me fui directamente a la cocina a preparar la cena. A pesar de que aún no tenía noticias de Mario, preparé también para él, al fin y al cabo, tenía que venir si o si, o eso me había dicho en su momento, para asegurarse de que la sombra no había acabado conmigo.

Cuando terminé, me acerqué al salón donde tenía mi móvil, pero Mario seguía sin recibir el mensaje. Decidí llamarle, pero no contestaba. Comencé a preocuparme.

Toc, toc, toc. Llaman a la puerta, quizá fuera él.

- ¡Mario! ¡¿Pero qué...?! ¿Cómo...?
- La, la...
- ¿La, la qué?
- La, la sombra – dijo al fin tratando de coger

aire -. La sombra...estab, estaba allí.

- ¿Sombra? – pregunté nerviosa. Mario estaba en el suelo, con la mano en el costado llena de sangre y sin apenas poder hablar. Parecía que se había arrastrado hasta llegar a la puerta de mi casa, todo el suelo tras él hasta el portal estaba bañado en sangre.
- La sombra Elena, la, la sombra que dic, que dicen - suspiró -, existe, la sombra existe. Es real.
- Mario, estás delirando, no puede ser real, ¿entiendes?
- La he visto, – Me miró fijamente a los ojos, no mentía. No sabía que había visto, no podía ser la sombra, pero desde luego, algo había allí fuera, lo sabía, se veía en su mirada, el miedo seguía allí con cada una de sus palabras -. La sombra es real, la he visto.
- ¿Pero cómo...?
- Fui a buscarte a la *Dogana*, no quería que estuvieras sola. Pero – cogió aire nuevamente, le costaba respirar -, pero parece que por una vez en tu vida me hiciste caso.
- Si, si – dije tratando de no derramar las lágrimas que amenazaban con salir -. Por una vez te hice caso, te envié un mensaje

para que vinieses a cenar.

- Tengo el teléfono sin batería...mal momento, ¿eh? – Se reía y, a pesar de apenas poder respirar, mantenía su sonrisa.
- No digas tonterías, te vas a poner bien. – Convencida de mis palabras, había llamado a una vecina para que telefonara a la ambulancia, había que llevarle al hospital lo antes posible -. Enseguida te llevaremos al hospital y mañana mismo estarás en casa incordiándome a distancia.
- No Elena no, esta vez no. – Agachó la mirada -. Todo ha terminado.
- ¡Qué dices! – Estaba llorando, no pude contener más las lágrimas -. Te pondrás... ¿por qué has venido a casa? Tendrías que haber ido al hospital o decir que te llevaran... ¿nadie te ha visto por la calle para ayudarte? ¿Desde la *Dogana*?
- He venido hasta aquí porque tenía que asegurarme de que estabas bien. Y puede, solo puede, que haya tomado prestado un taxi. Pero tranquila, que al menos sé quién es...
- ¿Mario? – Había cerrado los ojos, parecía no respirar -. Mario, despierta... ¡Mario!